



El papel de la banca en el desarrollo económico de México

Manuel Espinosa Yglesias

Autor: Manuel Espinosa Yglesias
Tipo de documento: conferencia
Título: El papel de la banca en el desarrollo económico de México
Fecha: 1967
Lugar: Guadalajara, Jal.
Audiencia: jóvenes estudiantes (institución no especificada)
Clave de clasificación: II.A.3.a/1967-14
Caja: 38
Palabras clave: desarrollo económico, banca, socialismo/comunismo, capitalismo, educación, desarrollo empresarial en México.

Tengo mucho agrado de estar con ustedes, porque pienso que nosotros, los que tenemos la responsabilidad de algunos negocios importantes, los que hemos estado expuestos a las lecciones de la más sabia de todas las maestras: la experiencia. Tenemos la obligación de comunicarles nuestras ideas y nuestras inquietudes, para orientar en algo sus juicios e inclusive servirles a algunos para la selección de su carrera. De no hacerlo, seríamos culpables de no haber puesto a su disposición elementos suficientes para que pudiera normar su criterio. Seríamos culpables de no haberles ofrecido nuestras experiencias, tanto en aciertos como en desengaños. Seríamos culpables, en suma, de no haberlos dotado de armas suficientes para encarar airoosamente los problemas contra los cuales tendrán ustedes que luchar en un plazo ya muy breve. Colaborar en este esfuerzo de comunicación es el propósito de esta plática.

El tema que he escogido, «El papel de la Banca en el Desarrollo Económico de México», es sin duda interesante y objeto de controversia. Sin embargo, al estar planeando mi exposición, se me ocurrió agregar un tema adicional: el papel de la juventud en el desarrollo económico. Ambos temas se encuentran ligados y creo que se justifica examinarlos conjuntamente. Difícilmente podría la banca, o cualquier otro negocio, desenvolverse saludablemente si no se dispone de jóvenes bien preparados, agresivos y consientes de su papel en el progreso nacional. Pero para que la juventud intervenga con más eficiencia en el desarrollo económico de México, hay que proporcionarle la educación adecuada, indicándoles a la vez qué es lo que más necesitan las empresas para su propio desarrollo y en dónde pueden obtener mayor remuneración sus esfuerzos, remuneración que les servirá para el sostenimiento de las familias que formen. Esto en el plan material, y en el moral, para contribuir eficientemente al desarrollo económico de nuestro país.

Mucho se ha trabajado para llegar a los niveles actuales de desenvolvimiento y parece lógico que exista una preocupación marcada por asegurar que el esfuerzo no decaiga en el futuro; antes bien, que se intensifique. En un plazo de unos cuantos años, ustedes, los jóvenes de hoy, comenzarán a reemplazarnos en los puestos de importancia del país y es esencial que aquilaten esta enorme responsabilidad. Día a día las demandas del desarrollo nacional son más apremiantes: se necesitan más capitales, más empleos, mayor poder de compra en la población, más gentes preparadas. Es evidente que estos requisitos serán aun mayores cuando a ustedes les toque empuñar los mandos de la nave mexicana.

El desarrollo económico es un proceso complejo. Su finalidad principal estriba en mejorar las condiciones de vida de la población. Sin embargo, existen caminos distintos para lograrlo. Uno de ellos es el socialismo; es decir, el mal llamado comunismo. Esta ruta implica la eliminación del empresario privado y la centralización de los medios de producción en un solo organismo: el Estado. En este sistema los particulares pasan a ser pequeñas piezas de un enorme engranaje burocrático.

No quiero perder demasiado tiempo en una crítica a este régimen. Desventajas evidentes son la pesadez de la maquinaria burocrática y la ineficiencia que ello genera el opacamiento del ansia de progresar entre las personas; el temor al monstruo gubernamental, y la renuncia al cambio.

Existe, por fortuna otro camino: el régimen de libre empresa. Aquí el individuo, y no el Estado, es el responsable directo del progreso nacional. El desarrollo económico viene a ser el resultado de un esfuerzo combinado de millares de empresarios, que arriesgando sus ahorros en aras de un cierto volumen de utilidades, promueven aumentos de la planta industrial o de servicios, de la ocupación y del bienestar de la población general. El Estado no actúa aquí como dictador, sino sencillamente como moderador. El consumidor es, de hecho, el dictador del sistema, por cuanto a que la producción y su composición están determinadas por las demandas de los compradores. El individuo conserva así el derecho natural que Dios le ha dado de la libertad y la posibilidad de buscar la felicidad en la forma que le parezca conveniente, respetando, por supuesto, los derechos de los demás.

El sistema mexicano descansa en un régimen de libre empresa. En años recientes, multitud de inversionistas han hecho gastos sustanciales de dinero, de esfuerzo y de tiempo, a fin de obtener una ganancia y contribuir al desarrollo económico del país. Los resultados de este empeño se encuentran a la vista de todos. Nuevas industrias brotan continuamente por doquier, las ciudades se modernizan a paso acelerado; las redes de comunicación se expanden día a día; los niveles de vida se elevan año con año y, lo que es más importante, se empieza a generalizar una igualdad de oportunidades para todos. El ansia de mejoramiento y de progreso ha dejado de ser patrimonio de unos cuantos y paulatinamente se extiende a los sectores más recónditos de la población mexicana. Es éste, a mi juicio, el mejor indicio de que México se encuentra a punto de abandonar su pobreza ya secular.

Nos encontramos en realidad, en una etapa en la que es necesario el mayor esfuerzo. En la actualidad, la economía mexicana semeja un avión que, habiendo despegado, se halla en ese momento crítico en el que hay que dar a los motores toda la fuerza para que la gravedad no lo haga estrellarse contra el piso. Igualmente, la economía mexicana he despegado, pero es necesario acelerar al máximo para evitar un desplome.

Permítame ilustrar estos conceptos. Creo que todos ustedes tienen conciencia de la gran pobreza que todavía prevalece en algunas capas de nuestra sociedad. Aún en el Distrito Federal, ciertamente la zona más desarrollada del país, persisten en algunas colonias el hambre, la insalubridad y la promiscuidad. Esta situación es particularmente irritante cuando estas gentes comparan su posición con la de los sectores acomodados. Se empieza a gestar así un posible foco de ebullición.

La situación es aún más alarmante en el campo. Para algunos de ustedes puede resultar increíble la miseria en que se debaten algunas regiones del país. Resulta impresionante, por ejemplo, que en algunas zonas la pobreza obligue a niños y jóvenes a hincarse al borde de las carreteras para pedir limosna a los automovilistas. Por desgracia, permanecen segmentos importantes del campesinado mexicano al margen del progreso a que me he referido hace unos momentos.

La incorporación de estos núcleos al desarrollo nacional es, en realidad, la forma de evitar un desplome de la economía. Es necesario crear nuevos empleos con sueldos decorosos; es imprescindible extender los servicios educativos y de

salubridad; es indispensable, en suma, crear las condiciones para que los frutos del progreso no tengan una repartición limitada. Esta es una tarea lenta y difícil. Nosotros ya la estamos desempeñando, pero serán ustedes los que tendrán la responsabilidad de continuarla, y quizás de concluirla.

Lograr esta meta, sin embargo, implica mejorar y ampliar nuestro equipo productivo físico y humano. Es decir, necesitamos más fábricas, más comercios, más bancos, más fondos agrícolas productivos; pero también necesitamos, y quizás esto sea más importante, un mayor número de gente preparada. Sin esto último, de bien poco serviría lo primero. Imaginen, por ejemplo, que de un día para otro la población de los países industrializados del mundo occidental, fuera reemplazada por tribus de salvajes. ¿Creen ustedes que ellos serían capaces de aprovechar el enorme aparato productivo que estos pueblos han podido formar? ¿No les parece que sería más fácil que estos mismos pueblos empezaran de nuevo de la nada? En otras palabras, el capital humano resulta, para fines de desarrollo, incluso de más trascendencia que el capital físico, por cuanto a que aquél es requisito indispensable de un buen aprovechamiento de éste. Al terminar la última guerra, Japón y Alemania contaban con un equipo físico deteriorado, pero la gran calidad de su equipo humano les permitió recuperar aceleradamente su posición de vanguardia entre las naciones del orbe.

En México el problema consiste en aumentar, tanto el equipo humano, como el físico. Sin embargo, los recursos disponibles son escasos y es necesario llevar a cabo una planeación cuidadosa a fin de lograr una combinación óptima. Si se pone demasiado énfasis en la formación de capital físico, se corre el peligro de encontrar cuellos de obstrucción importantes en la obtención de técnicos que lo aprovechen. Si se subraya en exceso la formación de capital humano, podría suceder que no hubiera empleos para absorber esta mano de obra. Se necesita, pues, establecer un justo equilibrio.

De nada sirve proporcionar la educación primaria a un individuo si más tarde este no va a tener la secundaria o si tiene esta pero no le dan la capacitación para un empleo; pero lo peor, si teniéndola, no va a tener empleo. Es necesario balancear la inversión en la creación de nuevos trabajos con las demás obras sociales que tenga que hacer. Se que esto que digo puede ser muy criticable, pero a pesar de todo, es mi creencia y tengo que tener la honestidad de decirla a la juventud de México.

Las necesidades de mano de obra requieren de un análisis detallado. Es imprescindible determinar los tipos de mano de obra que escasean en cada sector de la economía y las razones que explican dicha escasez; es indispensable identificar los tipos de mano de obra que abundan, así como los motivos; es necesario, en fin, establecer metas y estrategias para cumplirlas. Hay que llevar en el país buenas estadísticas para hacer proyecciones de lo que se va a necesitar.

En materia de educación formal es mucho lo que ya se ha hecho. La educación primaria absorbe una proporción apreciable de la población en edad escolar. La educación secundaria y vocacional recibe una atención creciente. La preparación universitaria, en fin, mejora persistentemente.

No obstante, subsisten aún problemas serios. La educación primaria sigue absorbiendo la mayoría del presupuesto de educación y el esfuerzo por ampliarla a toda la población ha significado un sacrificio en cuanto a la calidad de la preparación. Lo que es más: sólo alrededor de un 15 por ciento de los inscritos en

primer año terminan el sexto. La educación secundaria todavía es muy raquítica en relación con las necesidades del país y los recursos a ella asignados son totalmente insuficientes. Faltan escuelas normales y la educación universitaria adolece de muchas deficiencias provocadas en una parte importante por la escasez de maestros calificados de tiempo completo. Son, pues, muchos los obstáculos que hay que salvar.

Conforme a las necesidades actuales del país, me parece que dos consideraciones deben de normar la política educativa futura. En primer lugar, es imprescindible reducir los costos de la educación primaria. Nos encontramos en los albores de una verdadera revolución en materia educativa y es conveniente que México la aproveche al máximo. Estoy convencido de que es necesario reconocer que la educación primaria es universal, con todo y ser un objetivo laudable desde un punto de vista humano, es por ahora incompatible con las necesidades del país. Hay otras necesidades de prioridad más alta.

Una de ellas, y ésta es la segunda consideración a que me he referido antes, es la obligación de ampliar la educación secundaria. Estas escuelas son la fuente principal para obtener recursos humanos que puedan entrenarse con ventaja en los centros de trabajo. Aquí la necesidad imperiosa no es rebajar costos, sino proporcionar educación de alta calidad a una proporción creciente de la población en edad escolar. Si este objetivo se descuida, la escasez de mano de obra calificada puede llegar a ser un cuello de botella importante en el futuro.

No quiero expandirme demasiado en un tema sobre el cual podrían escribirse volúmenes. Quiero, sin embargo, subrayar que un programa de desarrollo de los recursos humanos de México tiene que tomar muy en cuenta el problema de los incentivos.

Aun cuando en ocasiones, sin embargo, no sólo es la falta de incentivos adecuados lo que impide atraer personal calificado a una determinada rama, sino también la ignorancia y el desconocimiento de las posibilidades que ésta ofrece. En México se padece, por ejemplo, una aguda escasez de gerentes y otro personal a nivel empresarial. No obstante, y pese a que los incentivos parecen ser adecuados, la oferta sigue siendo insuficiente.

Este problema de la educación es tan grave, que aun en países que están tan adelantados como los Estados Unidos, en una publicación que hizo sobre política nacional, el Comité de Investigación Política, del Comité para el Desarrollo Económico, manifiesta que es su creencia que existen «conceptos erróneos acerca del papel que los negocios juegan en nuestra sociedad. Ambas son causas primordiales de las dificultades contra las cuales la educación de los hombres de negocios ha luchado mucho más de lo que es conveniente. Ambas causas encubren problemas con los cuales las escuelas comerciales se han enfrentado primero, para atraer estudiantes sobresalientes y miembros a sus respectivas facultades y segundo, para adquirir el apoyo financiero, intelectual y moral adecuado en las universidades. Las dos causas mencionadas han impedido la corriente de gente competente y visionaria hacia los negocios. Las barreras culturales y emotivas que separan los negocios de la educación, impiden que la sociedad pueda realizar sus más altas potencialidades».

Uno no puede comprender nuestra sociedad sin estar alerta de la transformación que ha sufrido y del papel que desempeñan en ella los negocios.

En otro párrafo del mismo reporte, se dice, y con razón que las compañías se han constituido en las instituciones económicas más importantes de nuestra época pues sus influencias se hacen sentir en las esferas sociales, políticas, científicas y educativas. No es posible hoy día, el concebir a nuestra sociedad sin conciencia del cambio del papel que los negocios modernos juegan en su bienestar. Sin embargo, las escuelas comerciales y de negocios atraen pocos estudiantes que se hayan distinguido por sus aptitudes.

Es necesario promover el desarrollo de cualidades tales como habilidad analítica y el criterio equilibrado, la capacidad necesaria para resolver problemas y llegar a decisiones en forma firme y bien organizada, la habilidad necesaria para mantener amplio criterio y seguir adquiriendo conocimientos bajo la propia iniciativa.

También quisiera subrayar la importancia que el verdadero apetito para el trabajo tiene en el mundo de los negocios, esa determinación constante de hacer lo más y lo mejor que se pueda para que la tarea llegue a su buen fin, el deseo de vivir, de gozar y enorgullecerse de sus propias habilidades y poderes, la creencia firme en el trabajo y un firme sentido de dirección y propósito en la vida; son las cualidades que permiten al hombre el adquirir los conocimientos y habilidades que lo llevarán hacia adelante durante el transcurso de su carrera. La verdad es que estas cualidades son tan importantes tanto al principio, a la mitad o al fin de esa carrera.

Todo esto no hace más que apuntar a la pregunta esencial que ha perseguido a nuestra educación desde el principio. ¿Cómo puede producirse una clase social dispuesta a asumir la vanguardia y el mando de asuntos privados y públicos?

Es mi personal creencia que, para los negocios que es el tema que nos ocupa, esto se llegará a saber cuando se entienda que el entrar en negocios, no es entrar a participar en algo frío, en algo en lo que no se está haciendo nada por la comunidad. Todo lo contrario. Es mi creencia que los negocios pueden ayudar tanto al desarrollo de la humanidad espiritual y materialmente, como puede ayudar al hombre su religión. Es mi creencia que en la gran miseria difícilmente hay libertad, que es posible llegar inclusive a la deshonestidad. Es mi creencia que cuando un hombre o una mujer están en gran miseria y tienen a sus seres más queridos víctimas de enfermedades o sin tener nada que llevarse a la boca, pueden faltar. Es mi creencia también que los negocios, creando los trabajos que la gente necesita, hacen disminuir en mucho la posibilidad de la maldad.

Pasando al tema de la Banca privada en el desarrollo económico, creo que la mayor cooperación que ésta puede dar, es servir de intermediaria en el crédito, tratando de que éste llegue a los sectores que más beneficios económicos puedan darle al país, con toda la seguridad que los créditos necesitan.

Hay gentes insensatas que dicen ¿Qué hacen los bancos que no ayudan a tal o tal sector? Lo peor que podrían hacer los bancos sería tomar riesgos exagerados con el dinero de sus cuenta habientes, y las hipotecarias y las financieras lo mismo, con los fondos que el público les ha confiado. Ni los bancos, ni las hipotecarias, ni las financieras, tienen grandes capitales que arriesgar y aunque los tuvieran, no sería legítimo que los arriesgaran en perjuicio de sus accionistas, pero como ustedes saben, la mayor parte de los fondos que tienen todas las instituciones a que he hecho referencia, pertenecen al público. Si la Banca tomara grandes riesgos, podría causar un desastre mayor que la ayuda que proporcionaría al desarrollo económico del país.

Debe la banca dar suficientes atractivos y seguridades al público para que su dinero no permanezca fuera del sistema bancario para que no esté oculto en colchones, alcancías; pero fuera de esto, nada puede hacer. Es posible, y es justo, que con parte de su propio capital, pero nunca con dinero del público, se promuevan empresas, pero que sus acciones se vean vendidas en su totalidad al público en general, y que si, por desgracia, no hay gente que los compre, el banco no se atreva a hacer más promociones arriesgando el dinero del público.

Es mi creencia también que los bancos nunca deben competir con sus clientes, ya que teniendo negocios similares a los de los mismos, les harían una competencia desleal pues pueden competirlos con sus propios fondos.

Una banca sana ayuda inmensamente al desarrollo económico si, como he dicho antes, puede llegar a los más recónditos rincones del mismo a recoger el ahorro público y a usar este en otorgar crédito diversificado a los sectores que más beneficien ese desarrollo económico. Se pueden dar incentivos suficientes y seguridades suficientes a los ahorradores para que comprendan que al usar los bancos obtienen un razonable interés por su dinero, una seguridad de la devolución del mismo y que contribuyen a su propio beneficio o al de sus hijos. En realidad, nada puede desarrollar al país más que su propio pueblo. Las contribuciones de la banca son simplemente, como he dicho antes, canalizar los ahorros públicos a los sectores en que estos ahorros pueden ser más productivos para el desarrollo económico de México.